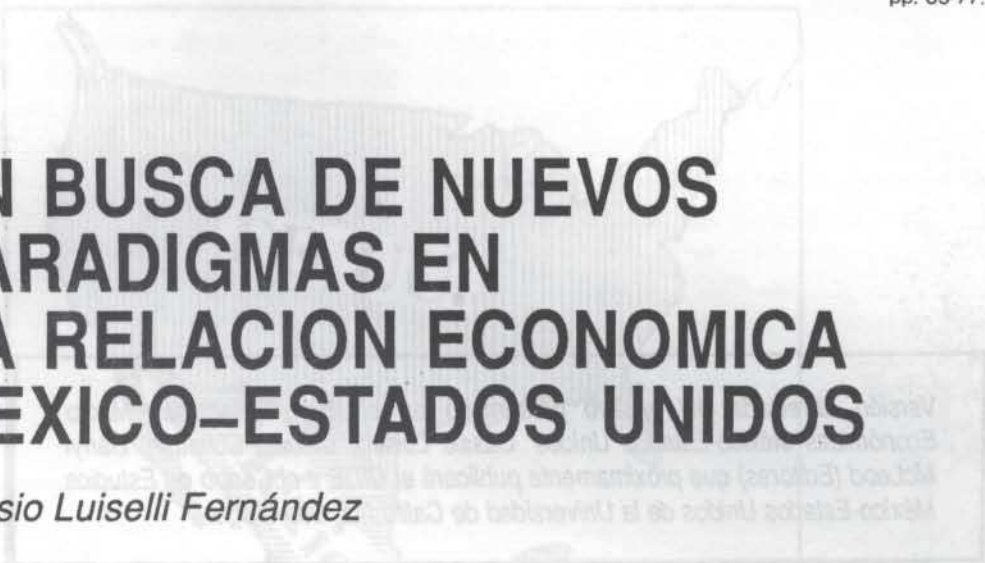


# EN BUSCA DE NUEVOS PARADIGMAS EN LA RELACION ECONOMICA MEXICO-ESTADOS UNIDOS

Cassio Luiselli Fernández



La relación entre México y Estados Unidos ha experimentado cambios profundos en los últimos años. Como resultado de estos cambios, se han generado nuevos paradigmas en la relación económica entre ambos países. Este artículo analiza los factores que han contribuido a estos cambios y propone algunos paradigmas que podrían ser aplicados en el futuro.

En los últimos años, la relación económica entre México y Estados Unidos ha experimentado cambios profundos. Estos cambios se han dado en varios frentes, como el comercio, la inversión y la cooperación económica. Como resultado de estos cambios, se han generado nuevos paradigmas en la relación económica entre ambos países.

Uno de los factores que ha contribuido a estos cambios es el crecimiento económico de México. Este crecimiento ha permitido a México competir en el mercado internacional y atraer inversión extranjera. Otro factor es la liberalización del comercio entre México y Estados Unidos, lo que ha permitido un mayor intercambio de bienes y servicios.

En consecuencia, se han generado nuevos paradigmas en la relación económica entre México y Estados Unidos. Estos paradigmas se centran en la cooperación económica, la inversión y el comercio. Estos paradigmas podrían ser aplicados en el futuro para mejorar la relación económica entre México y Estados Unidos.

**CASSIO LUISELLI FERNANDEZ**  
Economista. Subdirector de Operaciones del IICA. Costa Rica.

Revista RELACIONES INTERNACIONALES 36  
Escuela de Relaciones Internacionales  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Circuito de Investigación Económica  
Calle de la Investigación Económica 115  
04510 México, D.F. México  
Tel. 52-55-5623-1111

**TENGALO  
PRESENTE**

La revista de la  
la p  
Sus  
propio

REVISTA POR LOS  
San

la búsqueda de  
PARADIGMAS EN  
DEL ACCION ECONOMIA

la versión abreviada del ensayo presentado en el libro "Relaciones Macro Económicas México-Estados Unidos" Cassio Luiselli, Claudia Schattan, Darryl McLeod (Editores) que próximamente publicará el CIDE y el Centro de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California, San Diego.

La relación entre Estados Unidos y México es por muchas razones excepcional: Como en ningún otro caso en el mundo se comparte de forma pacífica una enorme frontera que divide el Norte y el Sur: dos economías desiguales, dos culturas y disímolas trayectorias históricas. Es, además, una relación entre una economía relativamente grande pero en desarrollo y la mayor economía del mundo. Ambas enfrentan un proceso de ajuste que dista de haber terminado y en la cual existen importantes puntos de conflicto oportunidades de cooperación. Es en suma –por razones geográficas y crecientemente culturales– una relación múltiple, dinámica e ineludible.

Esta relación se ve afectada por los profundos cambios estructurales que se observan en la economía internacional, a partir de la década de los setenta. Por ello, es indispensable

analizar el nuevo contexto de esta dinámica interacción que se viene alterando drásticamente a partir de la última década. En la década de los cuarenta, y como un fenómeno relativo a la Segunda Guerra Mundial, el comercio entre los dos países llegó a ser, en términos relativos, aún más importante de lo que es ahora y también más estratégico. El largo período de notable expansión de la economía mexicana, alentada por la industrialización sustitutiva de importaciones y que cierra parcialmente la economía a la competencia externa ve, sin embargo, el crecimiento de sus vínculos con la economía de los Estados Unidos, en desmedro de otras, puesto que la inversión norteamericana y la presencia de empresas transnacionales que aprovecharon un mercado protegido y en rápida expansión, fue sumamente importante, superada sólo por Brasil a nivel mundial. Ello no sólo trajo

capital, tecnología y dependencia de la economía mexicana hacia la norteamericana. Trajo algo más sutil, una verdadera funcionalidad entre ambas, que tendieron a hacerse altamente complementarias a pesar de las desiguales dimensiones y niveles de desarrollo. De alguna manera, ello permitió a ambos países eludir la creciente competencia de algunos países, notablemente los países de Asia, ahora llamados "NICS" <sup>1</sup> y Japón. Sin embargo, los notables cambios en la economía internacional, sobre todo la disminución de la importancia relativa de la norteamérica y la irrupción de Japón y otros países como grandes centros económicos y financieros internacionales plantean cambiar dicha relación estructural. Es en este sentido que pensamos útil explorar cuáles pudieran ser los nuevos paradigmas de interrelación. Desde luego, esto es muy importante para México, una economía que lle-

va más de un lustro de estancamiento y es más pequeña, vulnerable y dependiente, pero también para los propios Estados Unidos, que tienen pendiente un profundo ajuste fiscal y de Balanza de Pagos que –quiere o no– habrá de afectar no sólo la economía mexicana sino su papel en la economía internacional. Los Estados Unidos deben aprender a actuar en un mundo más competitivo donde ya no son como hace pocos años el centro hegemónico -productivo y financiero- de la economía mundial. Así pues, pretendemos aquí buscar el sentido general de los cambios del contexto global y la consecuente inserción en el mismo de su actor principal, los Estados Unidos, y desde luego México.

Existen muchas interpretaciones acerca de la fluida situación económica y financiera internacional. Las interpretaciones sobre su desaceleración y rápida mutación estructural van desde el tremendismo pesimista que señala el inminente colapso de la economía mundial, hasta el más entusiasta optimismo tecnológico que anuncia el inicio de una gran era de expansión conducida por un nue-

vo paradigma tecnológico. Nosotros queremos, más modestamente, señalar sus datos esenciales sin pretender calificarlos de modo definitivo: Así, pensamos que el hecho central -ya evidente en los finales de esta década- es una paradoja que refleja una tensión dialéctica en el proceso de reajuste de la economía internacional. La gran expansión de la postguerra y la entronización de la nueva revolución tecnológica, han constituido un mundo mucho más interdependiente, global; pero, por otro lado, la asimilación de estos cambios ha generado temor y profundos sentimientos proteccionistas que han llevado al mundo a una progresiva desaceleración económica, al desvanecimiento del orden económico liberal de la postguerra y a su fragmentación en bloques regionales. Esto es, a la creciente y tal vez ineludible globalización de la economía se le contrapone una especie de paréntesis neomercantilista. Estamos viviendo esa difícil transición económica a nivel mundial.

La era que va desde la segunda postguerra hasta, por lo menos, bien entrados los años setenta, fue una época dorada de rápido crecimiento económico mundial. Por cerca de cuatro décadas el crecimiento del producto bruto mundial se triplicó y generó una enorme interdependencia económica puesto que el comercio de bienes, las relaciones monetarias y la inversión crecieron aún más rápido. Ello había permitido una visión optimista, en la cual el mundo se integraba en un solo mercado global y conforme



avanzaba el ciclo tecnológico, las industrias maduras de los países ricos irían siendo trasladadas a los países de desarrollo relativo menor, todo en un proceso armónico de expansión ininterrumpida. Ahora, sin embargo, es claro que esto no sucedió y que el mercado autoregulado y autónomo no pudo producir esa economía global. Ya para la primera mitad de los años setenta apareció el fenómeno -novedoso por lo demás- de la "estanflación" que combinaba inflación, desempleo y bajo crecimiento. Para los ochentas, si bien la inflación ha podido ser contenida, el costo ha sido una tasa de crecimiento económico reducida y el comercio crece a tasas inferiores, sólo los mercados financieros continúan su increíble integración. La liberación de las economías se vió frenada: han proliferado distintas formas de proteccionismo económico. La estabilidad del sistema finan-

ciario internacional está amenazada por los problemas de la enorme deuda de los países en desarrollo y por los desequilibrios notables de la economía norteamericana. De alguna manera pues, esta economía global empieza a disolverse en muchos frentes. Es posible que algunos de los problemas económicos que vienen de los setentas tengan características pasajeras y que una política macroeconómica más atinada y coordinada pueda corregirlos. Pero, sin embargo, hay una serie de elementos que permiten suponer que la mayoría de estos cambios son más profundos de lo que inicialmente se anticipaba y que difícilmente cambiarán en el corto plazo pues han alterado a nivel estructural el funcionamiento de la economía internacional.

Destaca, desde luego, la vigente revolución tecnológica que está transformando de raíz

la forma de producir, manejar y comunicar cantidades exponenciales mayores de información y factores productivos; todo en forma más rápida, eficiente y económica. También destaca la declinación relativa de Estados Unidos en la economía internacional y la emergencia de otros centros económicos financieros, notablemente el Japón. Pero ninguno de ellos es capaz de sustituir a Estados Unidos que sigue siendo con mucho la mayor economía del mundo. Así, más bien tenemos la aparición de nuevos centros de poder económico. (La Unión Soviética, por su parte, tiene también serios problemas económicos: se enfrenta desde ya a un muy severo ajuste económico y tecnológico).

Por su parte, el sistema financiero mundial también ha cambiado profundamente, desde la ruptura en 1973 del Or-

den de Bretton Woods, y el Japón, que es ya el primer acreedor mundial, no ha asumido su papel correspondiente. Tenemos un sistema financiero mucho más integrado pero volátil, altamente vulnerable. Todo esto nos hace suponer que no se podrá volver al rápido crecimiento económico mientras no existan nuevas formas institucionales de manejar y regular la economía internacional ahora en estado de desconcierto.

## **LA REVOLUCION TECNOLOGICA**

Vale la pena ahora detenerse, brevemente, en algunos de los rasgos esenciales de la transformación económica que apareja la presente revolución tecnológica. Este drástico cambio aumenta exponencialmente la productividad económica y redefine las ventajas comparativas de ciertas actividades, ello tiene como corolario el que surjan rezagos entre la velocidad y profundidad del cambio tecnológico y el ajuste correspondiente en las instituciones, la regulación e inclusive de la mentalidad de quienes toman decisiones.

Como es bien sabido, el corazón de esta revolución tecnológica lo constituye la microelectrónica que permite, a través de pequeños circuitos integrados en un silicón ("chips"), manipular una enorme cantidad de información y hacerlo al mismo tiempo en forma mucho más barata: se estima que de aquí a fin de siglo se habrá incrementado por un factor de diez la capacidad de cómputo de los ac-

tuales "chips". Esta revolución se hizo posible por la miniaturización y el simultáneo aumento de velocidad y la complejidad de los cálculos y ha tenido un impacto directo en los costos por "bits" de cómputo, que han disminuido en más de un noventa por ciento en los últimos quince años y seguirán disminuyendo. He aquí una revolución: se hace algo con mucho más productividad y eficiencia y a un costo mucho menor. Otro elemento fundamental de esta revolución es que se da en conjunción con otros hallazgos tecnológicos y permite una sinergia creativa muy importante. A través de la microelectrónica y de los nuevos materiales como las cerámicas, los plásticos de alta temperatura, las fibras ópticas, la biotecnología de la ingeniería genética y el manejo de los rayos láser, surgen no sólo nuevos productos (producidos en forma mucho más flexible y eficiente) sino que también productos tradicionales son mejorados en forma drástica por la incorporación de microprocesadores en ellos pero, al mismo tiempo, surgen formas más eficientes y flexibles que permiten controlar desde distancias remotas la producción, esto es, se transforman las máquinas, los procesos productivos y la organización productiva, se alteran los productos tradicionales y se crean nuevos productos.

Así pues, la robótica y la telemática (la revolución de las comunicaciones) son dos de los rasgos centrales de la microelectrónica que están redefiniendo continuamente las ventajas comparativas. Esta mis-

ma revolución tecnológica viene cambiando los términos mismos del comercio internacional, así por ejemplo, tenemos el tema de los servicios, sobre todo los servicios financieros que son ahora un tema fundamental del comercio internacional porque los factores de producción ya no son tan fijos como en el pasado y la información fluye rápidamente, sin obstáculos entre los países. Además, en un mundo de tipos de cambios flexibles, la tecnología de la información integra más las economías y los instrumentos financieros: hay realmente una intermediación financiera global.

De esto podemos sacar tres conclusiones principales. La primera y, como ya dijimos, es que en forma creciente la ventaja comparativa de un país estará dada por su capacidad de utilizar en forma efectiva la información incorporada en la tecnología nueva; ésta a su vez tendrá que ser redefinida y el componente conocimiento científico incorporado (e información) será elemento esencial en su definición y en la estructura de costos que fundamentan cualquier ventaja comparativa. Ello también tiene que ver con la localización de las industrias cada vez menos cerca de recursos naturales y cada vez más cerca de los mercados. La abundancia o la dotación relativa de factores, tradicionalmente considerado elemento central en la conformación de ventajas comparativas pasa a alterarse profundamente. Una segunda conclusión es la relativa a que la nueva tecnología -al permitir acceso a

bases de datos sumamente vastas, baratas y eficientes; manejar complejos cómputos a altísima velocidad; y, lograr comunicaciones virtualmente instantáneas- ha impactado y alterado los mercados financieros en forma profunda de varias maneras: La información se puede obtener en tiempos reales en forma simultánea, en todos los centros financieros mundiales. De hecho, hay un creciente proceso de perfeccionamiento de los mercados financieros.

La tecnología ha enlazado a los principales mercados financieros y bancarios del mundo en una red densa e integrada. Es difícil aislar un país de los mercados financieros mundiales y, por lo tanto, de sus oportunidades, de sus cambios y, eventualmente, de los "shocks" que en ellos pueden ocurrir. El "crash" de la bolsa de Nueva York que afectó desde luego también a la de México es un clarísimo ejemplo. De tal suerte que la tecnología ha permitido el diseño y la difusión rápida de numerosos y complejos instrumentos financieros, diseñados para captar las más leves alteraciones en las tasas de interés o de cambio. Así pues, se da un proceso de creación de un solo mercado financiero global pero aún sin mecanismos adecuados de regulación internacional. Es también importante señalar esto porque el cálculo del riesgo financiero se hace cada vez más a escala global. La tercera implicación tiene que ver con el hecho de que la tecnología ha disminuido dramáticamente los costos de transacción, debido entre otras

cosas a la variabilidad, complejidad y sustituibilidad de los instrumentos, este enorme mercado emergente de capitales mundial hace progresivamente difícil perseguir políticas económicas independientes o aisladas. Es cada vez más difícil, sobre todo para economías pequeñas, fijar en forma autónoma tasas de interés y otras variables macroeconómicas. Ello afecta también su política monetaria y cambiaria. En otras palabras, la política macroeconómica se integra crecientemente con la política financiera internacional y más importante aún, la dimensión nacional de la misma es cada vez menos relevante. Todo en un marco de economías más abiertas donde las tasas flexibles de cambio transmiten los efectos de la acción o inacción de un país a otro con mucho más sensibilidad y rapidez que en el pasado.

Así pues, este cambio tecnológico ha traído y propiciado cambios reales y profundos en la estructura productiva mundial que no han tenido aún expresión ni marco institucional, tanto a nivel multinacional (o mundial) como a nivel nacional. Es importante considerar al respecto el aboleto parroquialismo de muchas instituciones norteamericanas de regulación, fruto todavía de un federalismo cerrado a la competencia de la economía mundial. La tecnología ha creado nuevos imperativos, nuevas necesidades internacionales, la necesidad de analizar los problemas en su impacto global, tales como los financieros de deuda, del proteccionismo y, desde

luego, el enorme rezago, pobreza y subdesarrollo de la mayor parte de los países del mundo. Esta revolución tecnológica, sin embargo, no se ha traducido todavía en una nueva etapa de acumulación acelerada de capital, y ello en parte es porque la perplejidad y los cambios que han aparejado en las ventajas comparativas y la aparición de nuevos "factores de producción" han dado lugar y reforzado sentimientos proteccionistas y tomado calculadores a los inversionistas.

#### **ESTADOS UNIDOS: EL FIN DE LA HEGEMONIA**

Es importante ahora analizar también la declinación relativa de la economía norteamericana que mencionamos atrás y analizar brevemente la estructura económica que emerge a nivel internacional, moldeada por esta revolución tecnológica y de cuya consolidación deberá surgir un nuevo marco o paradigma económico global que regirá una nueva era económica de relaciones México - Estados Unidos. A diferencia de la celebrada "Pax Británica", la era de la hegemonía norteamericana no ha durado cien años, sino escasamente cuatro décadas. Ahora, hacia el final de los ochentas son claras las evidencias que marcan una declinación de la hegemonía económica norteamericana. Veamos unos ejemplos: Hacia el inicio de los años cincuenta, los Estados Unidos con el 6% de la población mundial contaban con ligeramente más del 40% del producto mundial bruto. Para 1985, apenas tenían el 21% de este producto mundial. Al inicio

de la postguerra los Estados Unidos producían el 30% de las manufacturas de exportación, para 1986 éste había caído a cerca del 13%. El crecimiento de la productividad, indicador clave que por décadas fue más acelerado en los Estados Unidos que en el resto del mundo, ha venido declinando dramáticamente: de una tasa del 3% anual, a principios de la postguerra al muy bajo 0.8% en los setentas. Ha habido una reciente recuperación, pero dista de ser del nivel de las tendencias de décadas atrás.

Mientras la productividad norteamericana decrece relativamente, las de Japón, de algunos NICS (sobre todo de Asia) y Europa Occidental fueron creciendo. Ello pues, más que ningún otro indicador marca la declinación relativa norteamericana y el equiparamiento productivo de las grandes economías mundiales (con exclusión de la Unión Soviética que seguramente quedó muy rezagada). El nuevo estadio tecnológico tendrá pues, diferentes condiciones de competitividad porque a él acceden no sólo las principales economías del mundo, sino las de algunos NICS.

En los últimos años, al mismo tiempo que se acumulaban los enormes déficits comercial y fiscal de los Estados Unidos, se observa una dramática caída en la tasa de ahorro y de inversión de dicha economía en relación a su producto nacional bruto. Los Estados Unidos son sin duda el país con la tasa más baja de ahorro de cualquier nación industrializa-

da. La tasa de ahorro de las personas está ligeramente debajo del 4%, contrástese eso con Japón donde la tasa de ahorro continúa por encima del 20%. Desgraciadamente, esta reducción en el ahorro se compensó con una caída en la inversión y un dramático aumento en los préstamos del exterior. Así pues, el déficit fiscal tiene un impacto nítido en la caída de acumulación de capital. Esto, desde luego, significa menor productividad y refuerza la tendencia a la desindustrialización de los Estados Unidos y finalmente conduce a un estándar de vida menor. Pagando menos impuestos en los ochentas y pidiendo más prestado de afuera han consumido más, pero no han reinvertido en el desarrollo económico y esta es quizás la tragedia de la política del "supply side" de la Administración Reagan: la deuda política y privada se dobló en lo que va de los años ochenta, más de 7 trillones en 1984<sup>2</sup>. Así pues, al terminar el siglo veinte los Estados Unidos se encuentra abrumado de compromisos que le da su status militar, financiero y económico de Superpotencia y sin la capacidad de acumular capital a la tasa que requeriría para una sana expansión y la adopción hegemónica de la nueva tecnología. No entraremos aquí a analizar su relación militar con la Unión Soviética y también los problemas de la propia Unión Soviética que no han hecho sino desplazar en general las hegemonías a distintos polos de menor importancia pero de mayor número donde destacan desde luego Japón y la Comunidad Económica Europea

con Alemania al frente. Se puede decir, en otras palabras, que los Estados Unidos han estado artificialmente sustentando su hegemonía, financiándola con deuda externa. Desde luego, conviene tener presente que esta declinación no es tampoco demasiado aguda y quizás algunas de sus características fundamentales sean reversibles. La economía de Estados Unidos sigue siendo con mucho la mayor del mundo y tiene desde luego algunas facetas sumamente dinámicas y en algunas ramas han tenido una importante renovación tecnológica y de capital, por lo cual es posible suponer que puede darse algún grado de reversión de las tendencias actuales si a éstas las acompaña un conjunto de políticas macroeconómicas adecuadas. Sin embargo, resulta evidente que esta declinación relativa no será

fácil de revertir y que desde luego existen ya otros polos consolidados, de crecimiento y acumulación económica, ellos son indudablemente un ingrediente consustancial al nuevo contexto económico mundial.

Los Estados Unidos tienen varios retos fundamentales para remontar sus problemas económicos básicos. Primero, desde luego, empezar a disminuir su enorme deuda externa y ello va a requerir un superávit de aproximadamente cien millones de dólares al año por muchos años para poder pagarla; ello quizá necesite ulteriores devaluaciones del dólar y dada la magnitud del esfuerzo exportador ("export-drive") que requieren, habrá un gran desplazamiento y desviación de corrientes comerciales, lo cual podría ahondar los conflictos de corte mercantilista que ya se observan. Otro gran problema que deben enfrentar los Estados Unidos es el de revertir la caída severa del crecimiento

de la productividad y con ello mejorar su capacidad competitiva externa. En esto han habido algunos avances con el liderazgo de las nuevas tecnologías, y es pronto para decir que se resolvió el problema o que éste se ha ahondado aún más. Algo que sí se puede mencionar es que se quiere acelerar drásticamente la tasa de inversión para poder modernizar significativamente toda la planta industrial y desarrollar nuevas capacidades industriales para el mercado doméstico y para el mercado externo. Por último, el tercer gran reto pendiente es detener la ola proteccionista que ha venido creciendo dramáticamente, sobre todo en los propios Estados Unidos. Ha sido más fácil caer en la tentación proteccionista que en el ajuste drástico de la economía y esto ha sido posible por y a costa de su propia posición hegemónica. Sin embargo, todos sabemos que hacia el mediano plazo ello erosionará aún más la capacidad competitiva y

acabará por ser mucho más difícil la vuelta al equilibrio externo de esa economía. Estos son los elementos cruciales que deberán ser de alguna manera u otra enfrentados en los años venideros, no sólo por los Estados Unidos sino -dado su peso y posición en el mundo- por las economías con que se vincula, y recordemos México, es su cuarto socio comercial.

Lo que es evidente también aquí, como vimos en el caso de la revolución tecnológica, es falta absoluta de regulación de instituciones que permitan enfrentar dichos problemas o dar cuenta de un entorno internacional tan diferente. Todo esto se da, como dijimos, en un marco financiero de alta volatilidad donde las tasas flexibles de cambio transmiten rápidamente los efectos de las políticas macroeconómicas, sobre



todo de los países grandes a los países pequeños, en medio de la crisis de deuda de 1.2 trillones de dólares del tercer mundo, y desde luego con el propio endeudamiento de los Estados Unidos. Evidentemente, Japón deberá pasar a ocupar un papel mucho más relevante de líder financiero, como principal acreedor del mundo y, eventualmente, como "prestamista de última instancia". Esta frágil y cambiante situación financiera aunada a la profundización de la intermediación financiera a nivel global hace indispensable para México y los Estados Unidos entender más claramente las posiciones financieras y cambiarlas de unos y otros, porque la autonomía de la política fiscal y monetaria es ahora no sólo menor sino que tiene mucho más riesgos exógenos (sobre todo para México).

Podemos concluir que hacia finales de la década de los ochenta es claro que el orden económico establecido en la segunda postguerra se ha transformado totalmente. Los principios de Bretton Woods de multilateralismo y liberalización han sido progresivamente sustituidos por bilateralismo y discriminación. Con el colapso de las tasas de cambio fijas y el ascenso de una volátil y global intermediación financiera mundial y sobre todo el desplazamiento de Estados Unidos por el Japón como el principal financiero y el problema de la deuda del tercer mundo se ponen en duda la capacidad del sistema financiero y de las normas que lo rigen (o no la rigen) para evitar una crisis y conducir

la economía internacional a la nueva etapa de prosperidad y crecimiento. Como hemos dicho, detrás de todo esto existen profundos cambios estructurales en la tecnología de la distribución del poder. Por ello, el orden económico internacional basado en el liberalismo está siendo sustituido por formas nuevas de mercantilismo y una progresiva regionalización de la economía mundial, notablemente por la creación definitiva del Mercado Común Europeo, el auge de la Cuenca del Pacífico, sin que ello quiera decir que otras áreas como los países socialistas de Europa y otros no estén observando cambios importantes.

#### **MEXICO EN LA TRANSICION MERCANTILISTA**

Veamos esto con más detenimiento. Hay una intensificación de la competencia mercantilista donde los países compiten activamente y los gobiernos ayudan, desenfatisando la interdependencia y buscando un nuevo papel en una nueva estructura económica internacional. Hay una creciente lucha por los mercados mundiales porque prácticamente todos los países están persiguiendo políticas de crecimiento conducidas por agresivas políticas de exportación. Las presiones en los mercados de exportación se van a intensificar por la reversión de la posición financiera de los Estados Unidos, y por la necesidad de este país de lograr un amplio superávit de exportación. Este es un conflicto mercantilista clásico sobre las cuotas de

mercado y se refleja en todas las disputas sobre política comercial. Díganlo si no las dificultades de las cumbres del Grupo de los Seis para realmente avanzar en políticas de coordinación. Desde luego, los países que siguen el ejemplo de Japón llevan una estrategia que estimula esta forma de mercantilismo. Muchos otros países, como México, avanzan agresivamente en la exportación y están imponiendo costos de ajuste en otras economías y produciendo por lo tanto demandas de proteccionismo. Desde luego, esto no es un mercantilismo clásico, sino más bien refleja el ajuste global a la nueva tecnología en ausencia de nuevas instituciones y normas rectoras de la economía internacional.

También se puede percibir, ya lo hemos dicho, la formación de algunos grandes bloques regionales en la economía internacional. En los ochentas, la economía internacional ha visto el crecimiento y la cerrazón de la Comunidad Económica Europea como región bastante homogénea, relativamente autosuficiente, con alta coordinación monetaria y de política económica que seguramente articulará en su entorno algunos países del Medio Este, sobre todo aquellos que tienen petróleo, y sin duda alguna, irá abriendo a los países de Europa Oriental. Una Europa Occidental más integrada podrá confrontarse en mejores términos con Estados Unidos y Japón. Los Estados Unidos, por su parte, se acercan notablemente al Canadá -economía grande y con muchos recursos-

La economía mexicana y de hecho muchas otras economías del hemisferio se han articulado en torno a los Estados Unidos. Una tercera región es la del Pacífico Asiático o la Cuenca de Pacífico, pero en realidad este concepto del Pacífico es demasiado vago y genérico como para ser ya una realidad específica. Esta nueva economía del Pacífico está generando una nueva modalidad y división del trabajo entre Estados Unidos y Japón, sus dos pilares. Japón sobre todo exporta bienes de consumo durable e importa materias primas; necesita vitalmente el mercado americano para poder consolidar la región y Estados Unidos exporta alta tecnología y bienes de capital a todos los países de la cuenca del Pacífico y de Latinoamérica. Pero aún dista mucho "el Pacífico" de ser un área económica homogénea y enteramente consolidada, habrá que calificarla y entender que su gran dependencia del mercado americano como motor de crecimiento económico, le significa un problema y también su vulnerabilidad.

Una última tendencia que merece destacarse y que está de cierta manera en contrapunto con la regionalización en bloques y el mercantilismo es lo que se ha dado a llamar el proteccionismo "sectorial". Esto es, una cartelización que es una forma liberal de proteccionismo donde se negocian en base a sectores y a proporciones o porcentajes de acceso a los mercados. Esto ha sido utilizado sobre todo entre Estados Unidos y Japón y tiene una inti-

ma relación con la nueva revolución tecnológica porque para poder explotar dichas tecnologías en toda su capacidad se requiere un gran mercado ya que el desarrollo de la misma tiene costos muy altos y, al mismo tiempo, esas nuevas tecnologías afectan por su misma naturaleza a toda la economía en su conjunto como vimos atrás. Ello sobre todo porque ahora no hay un solo líder tecnológico y resulta atractivo para los países avanzados negociar acceso a mercados externos y controlar, aunque solo sea parcial y transitoriamente, su mercado interno, lo que lleva a minuciosas y continuas negociaciones intraindustriales. El tema vale sobre todo para el comercio de los países líderes en la economía y en la tecnología internacional.

Nos interesa recalcar que hay una tensión entre este proteccionismo sectorial y la reordenación de la economía en grandes bloques regionales. Esta tensión refleja realmente la nueva dinámica de las ventajas comparativas y el abandono del orden liberal. Estamos en realidad, en una época de transición que requiere absorber gradualmente (y ojalá constructivamente) los profundos cambios tecnológicos y económicos mundiales a que nos hemos referido. Quizá la transición dure varias décadas, pero este nuevo suborden u orden transitorio será indudablemente el contexto que por lo menos hasta el plazo previsible se puede razonablemente suponer para la presente interacción de las economías de México y los Estados Unidos.

Con esto en mente, debemos revisar las relaciones económicas entre Estados Unidos y México, para concluir con un somero análisis de las posibles relaciones económicas futuras entre los dos países dentro del marco más preciso del Pacífico del Norte. Ya hemos dicho que la relación económica entre los dos países no es nueva y que ésta ha venido creciendo de nuevo después de un momento muy peculiar de intensa interacción durante la Guerra Mundial pasada. Justamente la crisis de los años ochenta ha mostrado con mayor claridad la profundidad de los vínculos - quiérase o no - entre las dos economías. Justamente es el ajuste recesivo al inicio de la administración Reagan el catalizador a través del estrangulamiento financiero propiciado por las altas tasas de interés que precipita la actual crisis económica de México, y es previsible por cierto, que el ajuste fiscal y comercial que deberá emprender afecte de nueva cuenta a México, y tal vez también de modo severo. Es evidente que los grados de libertad de la política macroeconómica, (cambiaría y monetaria en particular), son más reducidos de lo que se quisiera suponer. Reconocer esto es difícil, pero hacerlo explícito en la formulación de políticas es un elemento saludable para que la reinserción de México en la economía internacional permita crecer y revertir la incertidumbre y los riesgos del pasado. Una política de tipo de cambio realista, quizá levemente subvaluada sería aconsejable en la presente circunstancia macroeconómica. México, en lo que va

de los años ochenta, ha realizado un drástico ajuste recesivo e inflacionario. Los salarios reales han caído en cerca de un 50% así como el gasto en la inversión pública en forma drástica. Desde luego, los costos sociales de esta política son penosamente evidentes. Empero, lo que queremos destacar aquí es que en buena medida el ajuste ya ha sido realizado: el tipo de cambio no muestra sobrevaluación y desde luego los salarios en México resultan altamente competitivos en la economía internacional. México, además, ha liberalizado su economía y se ha hecho miembro del GATT. Ello, si se abatiese la inflación (y el Pacto de Solidaridad Económica apunta en esta dirección) tendría ya elementos para ingresar agresivamente como exportador en la economía internacional y sólo faltaría una solución razonable a la limitante que le plantea su deuda externa, para poder entrar a una nueva etapa de crecimiento acelerado.

Hay que recordar que México tiene rasgos estructurales que permiten suponer que tiene condiciones para tomar ventaja de las nuevas circunstancias de la economía internacional, particularmente de la economía norteamericana. Tiene sobre todo una estructura económica relativamente desarrollada y diversificada y cuenta con un mercado interno grande (tres veces más población que Canadá) y no dentro de mucho tendrá una población equivalente a la mitad de Estados Unidos, pero mucho más joven, de hecho de entre los países

del Pacífico Norte tendrá una población similar a la del Japón al finalizar la primera década del siglo que viene, pero una población sustancialmente más joven con interesantes ventajas para el mercado de trabajo futuro<sup>3</sup>. Y a pesar de su ingreso per cápita estancado en alrededor de dos mil dólares, el país es un "NIC" con capacidad industrial aceptable y una mano de obra en general entrenada para una amplia gama de actividades industriales. Los vastos recursos naturales de México siguen siendo importantes como lo es su balance energético. El sostenido repunte de las exportaciones de México en los últimos tres años, sobre todo de manufacturas y el explosivo crecimiento de la industria maquiladora del Norte, muestra no sólo su capacidad de ajuste sino capacidad para responder al desafío de un conjunto enteramente nuevo de estímulos económicos en un marco internacional abierto. Evidentemente, todos estos factores positivos se empañan por desafíos y debilidades no menos formidables que enfrenta la economía de México. Aparte del tema de la deuda del que hablaremos después, debe destacarse el reto del empleo. Está íntimamente vinculado al de la pobreza y la desigualdad, pues México cuenta con una fuerza de trabajo creciente y joven que debe de alguna manera encontrar empleo productivo. A inicios del siglo venidero el país puede llegar a tener veinte millones de personas en edad productiva sin un empleo remunerado. Ese es un reto fundamental. Pero el problema se agrava si atendemos aún más



a la necesidad de entrenar a dicha fuerza de trabajo con flexibilidad y en atención a los requerimientos de la nueva tecnología. Otra gran debilidad estructural de México la constituye su atraso rural. No se trata solamente de su agricultura, preocupantemente estancada, sino del hecho más serio y profundo de un atraso general de la sociedad rural en su conjunto. Ello hace mucho más difícil combatir la pobreza extrema y plantear alternativas productivas y redistributivas a la sociedad rural, en consonancia con los nuevos retos económicos y sociales de la sociedad toda. A pesar de la intensa urbanización de las últimas décadas, — el país está habitado en dos terceras partes por pobladores urbanos y tiene el dudoso récord de poseer la ciudad más populosa del mundo— la población rural sigue aumentando y con ella la polarización agraria y el minifundio, dilapidándose concurrentemente los recursos naturales. Del mismo modo, México enfrenta también el desafío de acompasar su proceso de apertura y reconversión industrial, con la necesidad de volver a invertir masivamente en infraestructura, educación y en algunas ramas productivas donde muestra un atraso relativo, inclusive respecto a otros NICS, notablemente Brasil, (bienes de capital, por ejemplo). Este proceso de reinversión requiere estímulos más allá de un nuevo clima macroeconómico que por lo demás, las condiciones de endeudamiento externo no le facilitan un clima que propicie ahorro y una nueva mentalidad empresarial capaz de asumir riesgos, enfren-

tar los desafíos de un mundo abierto, competitivo y con visión de largo plazo. Es importante subrayar la necesidad de una clase empresarial que identifique sus intereses con los del país en su conjunto. Ello requiere, entre otras cosas, entender la necesidad de integración cabal de la sociedad rural atrasada con el resto de la sociedad mexicana hacia largo plazo y un gran esfuerzo redistributivo (fiscal, educación, alimentos). Pero a pesar de estos retos severos parece obvio que el país tiene las condiciones suficientes para tomar de nuevo impulso dinámico y modernizador si logra una inserción inteligente y dinámica en la economía internacional. Curiosamente, la diferencia no generalmente subrayada en las comparaciones académicas entre México y Estados Unidos es el hecho de que a pesar de las enormes diferencias, ambos países deberán seguir enfrentando el reto de ajuste a una situación económica mundial en rápida mutación como hemos visto arriba. Justamente este es el inescapable ámbito para una interacción conjunta. No se puede aquí dar respuestas inequívocas ni prescribir recetas sencillas, pero es importante explorar los escenarios más probables a corto y mediano plazos y este es el motivo central del presente trabajo: perfilar algunos de los rasgos esenciales de la interacción económica de los dos países en este contexto de transición que hemos explorado. Ya hemos hablado de los retos que enfrenta Estados Unidos y acabamos de mencionar los desafíos estructurales de Méxi-

co. Pero en el plazo inmediato es importante analizar también el problema de la deuda externa de México que por lo demás está planteada en lo sustancial con los Estados Unidos. Este es el principal y primordial obstáculo para que el país vuelva a una ruta de crecimiento con estabilidad, crecimiento que a todos conviene y muy particularmente a los Estados Unidos por razones obvias. A nadie conviene la peligrosa descapitalización de México, y desde luego no está esto acorde con los mejores intereses ni de los Estados Unidos ni de los países acreedores. No lo es, por ejemplo, en la conveniencia de las industrias que ven cerrarse mercados y perderse empleos, pero ya ni siquiera los bancos acreedores que ven menguado su negocio de prestar en cantidades sostenidas y con el bajo riesgo, que significaría dar crédito a una economía sana y en expansión. En el caso particular de México y Estados Unidos, el tema de la deuda es fundamental porque el grueso de la misma es con estos, aunque curiosamente Estados Unidos al tener depósitos masivos de mexicanos son también un importante deudor de México. (Hay inclusive quien afirma que México es un acreedor neto de Estados Unidos, si se toma en cuenta el capital mexicano depositado en los bancos americanos).

México ha dado pasos notables en sentido de liberalizar. Se ingresó al GATT y se procedió a una apertura de la economía, liberalizándola primero lentamente y después abruptamente. La actual apertura de la

economía mexicana —una de las más abiertas del mundo— procura sobre todo una política antinflacionaria de corto plazo y es criticable por indiscriminada y excesiva. Sus efectos negativos en términos de dislocamiento de la planta industrial no se han sentido del todo por la profunda retracción del consumo y la demanda interna. Es deseable, toda vez que México está en el GATT, que la política



arancelaria, la política comercial, se revise en una forma racional y en atención a los objetivos de largo plazo del país y no de una política de corto plazo. Los niveles de apertura son tales que se hacen prácticamente bizantinas las discusiones sobre áreas de libre comercio y las condiciones de pertenencia al GATT: con mucho se ha excedido los requisitos que este tratado exigía a México.

Se ha firmado también un acuerdo bilateral de comercio con Estados Unidos que pensamos camina en la dirección adecuada en cuanto que permite consultar y negociar en forma ordenada, e informando a la otra parte de cambios en políticas domésticas. El comercio de México con Estados Unidos suma cerca de treinta mil millones de dólares, y es desde luego el comercio más importante que tiene Estados Unidos con cualquier país en desarrollo, incluidos los NICS asiáticos y el Brasil. Con este crecimiento del comercio han aumentado también los conflictos comerciales y los problemas de proteccionismo. Diversos trabajos subrayan la creciente competitividad mexicana y la exitosa diversificación de nuestras exportaciones. Los sectores de autopartes, la industria química y petroquímica y algunas otras ramas metal-mecánicas de alta elasticidad e ingreso de la demanda, han tenido un crecimiento notable y pueden ser la base de una relación comercial importante y competitiva por el lado de México. En todo caso este comercio ya muy importante a cualquier escala de comparación, muestra la capacidad competitiva de México, ya importante en manufacturas, sobre todo y en ciertos sectores de manufactureros donde, de darse una mayor apertura y menos proteccionismo, todo haría suponer, se subrayaría el dinamismo y la competitividad mexicana. Así, se acredita la capacidad exportadora y competitiva de México en manufacturas, no sólo sencillas sino complejas. Falta, empero considerar el

creciente impacto en esto, de las nuevas tecnologías.

### EL PACIFICO DEL NORTE

Ahora bien, analizando el lado norteamericano, es preciso recordar que para que este país pueda corregir su enorme déficit externo tiene que hacer un ajuste comercial, sobre todo fincado en un esfuerzo masivo de exportación de manufacturas. No tiene, literalmente, otra manera sana y suficiente de corregir a mediano y largo plazos su fundamental desequilibrio externo. Puesto que Japón es el principal socio comercial de Estados Unidos, y genera un superávit de cerca de cien mil millones de dólares al año, este ajuste norteamericano impondrá ajustes a otras economías del mundo, pero sobre todo la japonesa, país que deberá ahora cambiar la lógica comercial y dejar la mentalidad exportadora para poder producir e "importarse a sí mismo", valga decir, desde ciertas plataformas de exportación y también producir en y para otros mercados. Tanto el ajuste exportador norteamericano, como el cambio estratégico de Japón, podrían tener una positiva repercusión en México, al ser nuestro país un NIC del Pacífico del Norte, capaz de producir para el esfuerzo exportador de Estados Unidos y también un centro manufacturero para Japón. Esto tiene lógica respecto a lo que mencionamos del proteccionismo sectorial. Hay pues, una complementariedad de México con esta estrategia por sus condiciones de recursos, mano de obra y geografía, que dan competitividad a Esta-

dos Unidos y posibilidades a Japón de encontrar un mercado amplio del cual se exporte. Esto es parte de la economía del Pacífico Norte que aquí subrayamos, por eso México tiene que replantear su estrategia de industrialización buscando condiciones mejores en términos de integración, (con encadenamientos hacia atrás) en la industria exportadora, trascendiendo el limitado esquema de la maquila fronteriza tradicional. Así pues se trata de explorar una inserción más dinámica y participativa en el mayor núcleo productivo del mundo: el Pacífico del Norte. Hemos visto que hay distintas ramas económicas que pueden beneficiarse de este esquema y que ya han mostrado la capacidad de competir; destaca desde luego la automotriz y la de autopartes, la química y la petroquímica, la textil, otras de metalmecánica y -en menor medida- la electrónica, farmacéutica y de alimentos procesados. Pero una dimensión dinámica de México en esta dirección y de esta magnitud, requiere inversiones masivas y una importante reconversión tecnológica-industrial, además de una razonable certidumbre de acceso sostenido al mercado de los Estados Unidos y otros mercados. Ello permitiría lograr crecientes niveles de eficiencia a través de economías de escala y de amortización de inversiones que permitan lanzar en grande una revigorización industrial, (aquí sí) con mayor apertura externa. A este punto de nuevo se debe replantear y discutir el problema del proteccionismo de los Estados Unidos. El proteccionismo que adopta sobre todo formas

no arancelarias, afecta a México de forma sensible, y debe buscarse de alguna manera la cooperación norteamericana en este tema. El marco del acuerdo bilateral, ya lo dijimos, es un buen paso, pero de ninguna manera asegura la solución al problema del proteccionismo. (Esto debe valer también para el Japón).

Otro tema central de relación binacional es el relativo a la migración de mano de obra de México a Estados Unidos. Tiene esta migración un impacto positivo en la economía norteamericana en la creación de empleo, pago de impuestos y en general, crecimiento económico. Existe ya un mercado de trabajo muy establecido y complejo que demuestra -quíerese o no- la creciente interdependencia de las dos economías.

Importa para este ensayo introductorio subrayar esas tres articulaciones o vinculaciones a través del mercado de productos de trabajo y de los flujos financieros que apuntan en la dirección de una progresiva interrelación económica de Estados Unidos y México. Por ello nos interesa el análisis del cambiante contexto de la economía internacional y la eventual reinserción en el mismo de México y de los propios Estados Unidos.

### MEXICO - ESTADOS UNIDOS: LIBRE COMERCIO?

Toca ahora pues, analizar cuál puede ser en el contexto, que por lo demás consideramos transitorio, de una econo-

mía "neomercantilista" y regionalizada con alto proteccionismo, una vinculación dinámica y más equitativa entre la economía mexicana y la norteamericana. Pensamos en primer lugar que quizá a largo plazo, cuando la presente revolución tecnológica madure y sea parte del paradigma dominante de la economía mundial, nos habremos aproximado a una sola economía mundial. Ya existen rasgos económicos que permiten ver esta globalización de la economía. La integración (cada vez más difícil de eludir) de los mercados financieros. Sin embargo, sabemos que antes de ese plazo, quizá por un par de décadas más, estaremos en esta transición neomercantilista. En este sentido nos parece claro recomendar que México debe trabajar su inserción en el área del Pacífico del Norte en su conjunto. El Pacífico del Norte está formado por el arco del Norte del Océano Pacífico, México es el país al Sur de su extremo oriental, (esto es curioso y fascinante) y le siguen al norte Estados Unidos y Canadá, y en el lado Occidental están el Japón y también Corea, por lo pronto. Obviamente en esta área se está configurando el corazón tecnológico, productivo y financiero mundial, y será la única área capaz de rivalizar en esos términos con el bloque conformado por Europa Occidental y su área de influencia. La forma específica de inserción de México en esta economía del Pacífico del Norte aún no es clara y merece debatirse en varios órdenes sobre todo intelectual y político. Pensemos, sin embargo, que estimular el crecimiento de México

con empleo y acceso a las tecnologías de la presente revolución industrial se debe de planear, sobre todo y preponderantemente, una activa inserción en dicha región. Ello no excluye que mantenga sus vínculos históricos con América Latina y otras áreas del mundo, inclusive que se insista en lo que pueda lograrse de integración latinoamericana. Hay que recordar que ninguna de las principales quince economías del mundo estará fuera de alguna forma del libre comercio o mercado común en estos años. Inclusive Japón, que formalmente no está integrada en una forma libre comercio, mantiene vínculos con los países de la ASEAN y desde luego con Estados Unidos que pudieran caracterizarse de alguna manera en esa relación. La participación de México en la ALADI, el esquema de integración de América Latina, es prácticamente simbólica, irrelevante. Y si bien los niveles arancelarios ya son bajos, el comercio y la integración misma, ha tenido resultados tan exiguos en América Latina que los países andinos y recientemente Brasil, Argentina y Uruguay, han optado por esquemas audaces de integración real. México no está presente en ninguno de estos nuevos esquemas de integración. Ni tendrá tampoco participación en la zona del libre comercio de Estados Unidos y Canadá, ni vínculo alguno con el Mercado Común Europeo que entrará plenamente en vigor en 1992, ni participa de ninguna otra área de libre comercio en el mundo. Así pues, si asumimos la débil vinculación de la ALADI, nuestro país apa-

rece como una zona relativamente aislada de las corrientes de ajuste y rearticulación de la economía mundial. Paradójico, porque su área natural de inserción económica más conveniente es el Pacífico del Norte y por razones histórico-culturales sea aconsejaría una integración con Latinoamérica que de ser posible y factible, sería a todas luces una primera opción, pero que hoy por hoy y en los hechos es una ficción.

Este es un tema que debe estudiarse con cuidado y seriedad. De hecho, y para usar la frase de Clark Reynolds, ya se da una cierta "integración silenciosa" entre Estados Unidos y México. Los datos de nuestros flujos comerciales, financieros y migratorios lo señalan con fuerza. A pesar de denodados esfuerzos de diversificación en los últimos 25 años, más de dos terceras partes de nuestro comercio total se da precisamente con los Estados Unidos, y más aún, las maquiladoras y las mal llamadas "zonas libres" indican una integración que es geográficamente riesgosa y que tiene en términos de su alta explotación de mano de obra y escasa articulación e inequitativa: de seguirse ese camino, por decirlo de alguna manera, se accederá al libre comercio por "la puerta de servicio".

Hagamos pues algunas consideraciones adicionales sobre la eventual inserción de México en el Pacífico del Norte a través del eventual establecimiento de una zona de libre comercio. Es obvio que cualquier reinserción internacional de México debe empezar por defi-

nir o redefinir sus relaciones con los Estados Unidos. Pero esto debe hacerse en la óptica mayor de la situación de este país en el contexto de una pérdida de hegemonía y de la nueva estructura económica mundial que hemos reseñado en la primera parte del trabajo. Una zona de libre comercio es enteramente posible y en muchos aspectos conveniente si se le concibe como un proceso gra-



dual y no como un acto instantáneo y traumático de apertura comercial, (riesgo que por cierto se está dando de persistir la presente apertura comercial de México). No sólo debe ser, pues, un proceso gradual -puede tomar más de una década- que permita ajustar muchos agentes y sectores económicos a la nueva realidad mundial más competitiva y abierta. Sino también, en el caso de México,

de un proceso que reconozca de partida y en las premisas de su negociación la asimetría de la relación entre Estados Unidos y México (y eventualmente el Canadá <sup>4</sup>) y tenga también presente la importancia estratégica de nuestro país, su importante mercado interno y el tamaño de su economía, grande bajo cualquier comparación. Así pues, de intentarse la zona de libre comercio, ésta debe verse como un proceso gradual y -dada la asimetría de la relación- dotársele de limitaciones y salvaguardias explícitas. Por ejemplo, debe darse el tratamiento de 'industria infante' a ciertas industrias amenazadas por la apertura comercial, debe protegerse esencialmente el núcleo campesino del país donde existe mucha pobreza rural y poca elasticidad de oferta o capacidad de acceder a nuevos estímulos económicos. Lo que se tiene que proteger es sobre todo a los cuarenta millones de mexicanos pobres, y la mejor forma de protegerlos es dotándolos progresivamente de empleo y mejorando sus consumos y bienestar mínimos. Israel, por ejemplo, ha negociado en estos términos y en atención a su ventaja estratégica, un tratado de libre comercio ventajoso que permite proteger algunas industrias y actividades vulnerables. No habría ninguna razón por la cual México no lo pueda y lo deba hacer. Canadá mismo, que es un país con un nivel de vida y una estructura económica comparable a la norteamericana, tiene firmado un acuerdo de libre comercio el cual, a través de sus mecanismos de solución de controversias, eventualmente

protege algunas actividades económicas.

Así pues, si pudiera darse esta inserción a través de la zona de libre comercio que bien pudiera incluir al Canadá, ¿cuáles serían sus ventajas? En primer lugar, y como señala la literatura técnica al respecto, habría una utilización más racional de los recursos económicos de la región y se daría un crecimiento de las actividades de menor productividad hacia la equiparación de la productividad de los factores de producción. En síntesis, habría un crecimiento de la productividad y (hacia el largo plazo) una tendencia a igualar los salarios de México con los de Estados Unidos, obviamente eso está a décadas de distancias, pero se iniciaría un proceso en esa dirección. Habría además un acceso garantizado al mercado del mayor país del mundo, país que como todos hemos visto está echando a andar prácticas proteccionistas no arancelarias que ya afectan a nuestro país. Habría pues, también un escape al proteccionismo y a onerosos conflictos comerciales. No se olvide que el proteccionismo es sobre todo no arancelario y tiene mucho menos posibilidades de ser cabalmente enfrentado en los foros del GATT. Por último, habría también un acceso mayor a la alta tecnología, tanto en sus productos, como en su incorporación a ramas industriales no tradicionales. Si este se garantizase sin aranceles, sin barreras no arancelarias, habría razones para suponer que el volumen de comercio se incrementaría y diversificaría mucho más aún.

No se olvide que un área de libre comercio entraña necesariamente una discriminación de terceros, y en este caso México encontraría la ventaja de entrar con preferencia respecto a NICS competidores, pero tendría que enfrentar las presiones de estos mismos por su nueva condición. Habría un desplazamiento de corrientes tradicionales de comercio, pero dado que México comercia en un 70% con los Estados Unidos, esto no sería tan importante. Si se diese un crecimiento acelerado de la economía mexicana, crecería por ello mismo el volumen de nuestro comercio con otras zonas, como América Latina y Europa. Pensamos que eso puede ser conveniente en esta época de transición económica, porque permite sobre todo un acceso seguro al mercado de Estados Unidos (y Canadá), la nueva tecnología y propiciaría una inserción, como hemos comentado, al Pacífico del Norte. Obviamente también entraña riesgos reales y esos pueden minimizarse (mas no eliminarse) con una gradual exposición de la industria mexicana a la competencia internacional y con los límites y salvaguardias de "industria infante" y otras que ya hemos comentado.

Es importante recordar que una área de libre comercio incluye solamente al comercio de bienes, y por lo tanto no está incorporando en la misma los movimientos de capital, esto es, los regímenes de inversión extranjera en principio no tienen por qué alterarse, y México pudiera seguir trabajando con su estructura legal hasta la in-

versión extranjera, que es flexible permite proteger ciertas ramas de actividad, y sobre todo inducir la inversión extranjera en áreas de interés nacional específico. Del mismo modo los flujos migratorios de trabajo no se incorporarían per-se en la zona de libre comercio, aún cuando hacia el largo plazo es evidente que habría una mayor movilidad de todos los factores de producción. Pero una zona de libre comercio, lejos de ser un Mercado Común o de una Unión Monetaria, permitiría el acceso a un mercado en el área de comercio de mercancías, conveniente en una era de proteccionismo y de volatilidad económica. Además, no obligaría este esquema a un arancel externo común, y por lo tanto México puede seguir participando de convenios y asociaciones comerciales con otras áreas del mundo. Es importante comentar de paso dos temas que suscitan muchas controversias al respecto: uno es el relativo al petróleo y el argumento, a nuestro juicio equivocado de que los países de esta asociación, Estados Unidos y tal vez Canadá, tendrían acceso directo al petróleo y a sus niveles y condiciones de explotación. Esto no tiene por que ser así. El precio del petróleo, ya lo hemos visto tristemente, se fija por el mercado mundial y tiene condiciones que nada tienen que ver con el que existe en la zona de libre comercio. Esto es, no habría ningún precio ni acceso preferencial para el mismo. Por otro lado, no habría un cambio traumático de las inversiones y de la industria de México hacia Estados Unidos. No lo habría por

tres razones: Primero porque el país tiene ya una planta industrial establecida y consolidada, que no se va a evaporar de la noche a la mañana, subrayada ésta por las ventajas de recursos naturales, empleo, abundancia de mano de obra y energía que tiene México. Pero sobre todo, porque cada vez más la nueva tecnología privilegia también la cercanía a mercados: México cuenta ya con un mercado interno grande (sobre todo si vuelve a crecer); el país en un par de décadas más será un mercado dinámico y joven que atraerá sin duda alguna muchas más inversiones de las que ahora atrae. Se trataría de una zona de libre comercio, nada más. Ello no entraña per se ninguna otra condición. Piénsese, por ejemplo, que Alemania no impone, por la CEE, ninguna concesión económica o política a Portugal o Grecia, más allá de sus compromisos comerciales comunes, y esto no tiene por qué ser distinto entre Estados Unidos, Canadá y México. Recordemos que no hay peor amenaza a la soberanía que una economía raquítica, incapaz de acceder a la revolución tecnológica y a los mercados internacionales. Hay un último punto que merece destacarse en estas consideraciones, y es el relativo a los servicios. El tema de los servicios, el más candente en las nuevas negociaciones del GATT, ya trae -como vimos a-



trás- un componente fundamental de la nueva tecnología, y es particularmente relevante cuando se trata de servicios financieros. No sólo Israel, sino también Canadá, no incluyeron los servicios financieros (Canadá), ni los servicios en general (Israel) en sus planteamientos de libre comercio. Israel firmó un protocolo por separado que entraña simplemente consultas recíprocas en materia de servicios. Este es un tema de particular importancia, y lo será más en el futuro, debe ser tratado con cautela y (de partida) ser separado de cualquier eventual acuerdo comercial. Obviamente-

este es un tema que dista mucho de estar resuelto y que exige análisis serio, estudios cuantitativos que aquí no se están ofreciendo. Pero se quiere subrayar que el aislar virtualmente a México de los nuevos agrupamientos de la economía internacional -en esta transición neomercantilista- podría tener severos costos. Es importante asumir esto plenamente y debatir con realismo y objetividad, sin ilusiones. No es cierto que estemos de hecho integrándonos con América Latina, por más que esto sea deseable, y es un hecho incuestionable que en el Pacífico del Norte

se encuentra el área económica más desarrollada y tecnológicamente dinámica del mundo en un futuro previsible. Un área de libre comercio no hipotecaría nuestras formas de inserción a más largo plazo y sí sacaría las ventajas, la certidumbre de acceso al mercado que por lo pronto ofrece este nuevo contexto internacional, seguramente transitorio. Desde luego, este tampoco es el camino a Jauja. Es una ardua ruta, con riesgos y rupturas, pero merece ser considerada con seriedad y no descalificada con argumentos sin más sustento que el temor o el prejuicio: el debate debe abrirse.

#### NOTAS

- 1 Del inglés, "Newly Industrialized Country" (NIC).
- 2 Se toma aquí en el sentido norteamericano: un billón son mil millones y un trillón es igual a un millón de millones.
- 3 Recordemos que uno de los grandes problemas demográficos de Estados Unidos y Japón es el acelerado envejecimiento de su población.
- 4 No se vislumbra, en plazo previsible, la extensión de un esquema de este tipo a los países asiáticos del Pacífico del Norte. Sí es pensable una activa política comercial con ellos.

